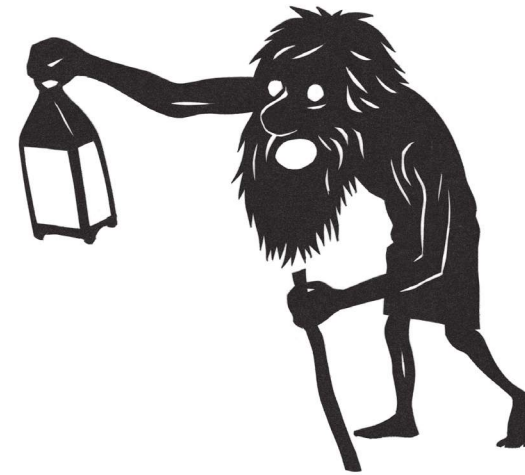


# COLECCIÓN LOS PEQUEÑOS PLATONES



# EL FILÓSOFO-PERRO FRENTE AL SABIO PLATÓN



*e*

errata naturae



Nuestra historia comienza en Grecia, hace casi 2.500 años; en Egina, una pequeña isla situada frente a Atenas. Onesícrito, un rico ciudadano de la isla, le dice a Andróstenes, su hijo pequeño:

—Hijo mío, eres bello, fuerte, nadie te gana en el lanzamiento de jabalina o en las carreras, pero aún no ha comenzado la educación del punto más importante.

—¿Qué punto, padre? —pregunta Andróstenes, sorprendido por tener aún cosas que aprender después de tantos años de escuela.

—¡Tu alma! Por eso he decidido enviarte a Atenas.

Allí verás templos espléndidos, las esculturas más bellas del mundo; pero, sobre todo, ¡escucharás al más grande de los filósofos!

—¿A quién te refieres?

—¡A Platón, por supuesto! Irás a su escuela y saldrás de allí lleno de sabiduría y perspicacia para triunfar en la vida.

El joven Andróstenes coge las manos de su padre y promete trabajar duro. Pero, en el fondo, simplemente está contento de poder visitar Atenas, la maravillosa capital de Grecia. Dicen que es una ciudad llena de placeres.

—Pero antes de nada —dice Onesícrito— coge el compás, la escuadra, y traza varias rectas, porque Platón se niega enseñar a quienes son malos en geometría.

Andróstenes hace una mueca: la geometría no es su fuerte, pero ¡tiene muchas ganas de ir a Atenas!  
Por eso, corre hacia la playa, se arrodilla sobre la arena y traza un montón de figuras: triángulos, cuadrados, círculos... Después de algunas semanas de aprendizaje, está preparado.







Atenas. El aire es dulce y la ciudad deslumbrante, llena de vida. Los habitantes llevan ropas magníficas. En el mercado, los puestos se hunden por el peso de las mercancías. Hay templos maravillosos contruidos en honor de los dioses. En cada esquina hay una acogedora fonda en la que degustar los mejores vinos de Grecia. Andróstenes presiente que le va a gustar la ciudad. Pero antes ha de encontrar la escuela de Platón... Cuando está preguntándole el camino a un ateniense, algo lo detiene: en la plaza del mercado, un mendigo se pasea portando un farol encendido. ¡Pero si el sol está ya en lo alto del cielo! El pobre loco grita en medio de la multitud:

—¡Busco a un hombre! ¡Busco a un hombre! ¡Por mucho que miro no veo a ninguno!

Andróstenes levanta las cejas y se pregunta quién será ese extraño personaje. Los ciudadanos de Atenas bajan la cabeza y hacen como si no lo viesen.

La escuela de Platón se llama la Academia. El edificio se levanta en medio de un inmenso jardín. Platón recibe al joven y le pregunta inmediatamente:

—¿Eres geómetra al menos?

Andróstenes repite lo que ha aprendido de memoria. Evoca los ángulos, segmentos, áreas y perímetros. Satisfecho, el viejo filósofo le autoriza a seguir sus clases. Los otros alumnos ya están sentados en los bancos. Todos tienen una pinta muy seria. Luego el maestro comienza a enseñar...



—Mis queridos discípulos —comienza Platón—, hoy voy a hablaros de la ciudad ideal...

Todo el mundo coge apuntes. Andróstenes peina el aula con su mirada; ni siquiera se le ha ocurrido traer algo con lo que escribir. No entiende nada, se da cuenta de que se va a aburrir. Y Platón sigue hablando, hablando, hablando... durante horas.



Andróstenes tiene ganas de pedir socorro. Tiene hambre, tiene calor. Está harto de la ciudad ideal, preferiría pasear por esta Atenas que tan bien huele a olivos y a mar.



Ya empezaba a dar cabezadas cuando se da cuenta de que el mendigo del farol sigue la clase por la ventana. Platón, que también ha notado la presencia del curioso, le lanza una mirada llena de furia. El mendigo empieza a reírse.

—¿Qué haces aquí, Diógenes? ¡Deja de reírte así! —estalla Platón.

El mendigo, sucio, hirsuto, se acoda en la ventana con aspecto malicioso. Platón continúa de todos modos con su clase. Comienza el enésimo capítulo de la mañana: se pone a hablar del Hombre, preguntándose si es posible dar una definición de éste.

—El Hombre —dice Platón— no es ni una cosa ni una planta. Así que es un animal.

—Sí, es cierto —contestan los discípulos a coro.

—Y ¿podríamos decir que ese animal camina a cuatro, tres o dos patas?

—A dos patas —gritan los alumnos.

—Así pues, el hombre es un animal que camina sobre dos patas. Pero ¡cuidado! También los pájaros caminan a dos patas y no son hombres.

—¡Oh, no! —exclaman los alumnos.

—Entonces hay que decir que el hombre es un animal sin plumas que camina a dos patas.

Los alumnos aplauden. Andróstenes está sorprendido por aprender que él es un bípedo sin plumas.

—¡Maravilloso! —exclama Diógenes, que se marcha riéndose sarcásticamente—. ¡Oh, divino Platón, me iluminas! ¡Ahora ya sé quién merece ser llamado Hombre!



Platón ya había retomado su discurso desde hacía más de media hora cuando el mendigo vuelve con un gallo que ha desplumado con sumo cuidado. Se acerca al filósofo y echa al animal al suelo:

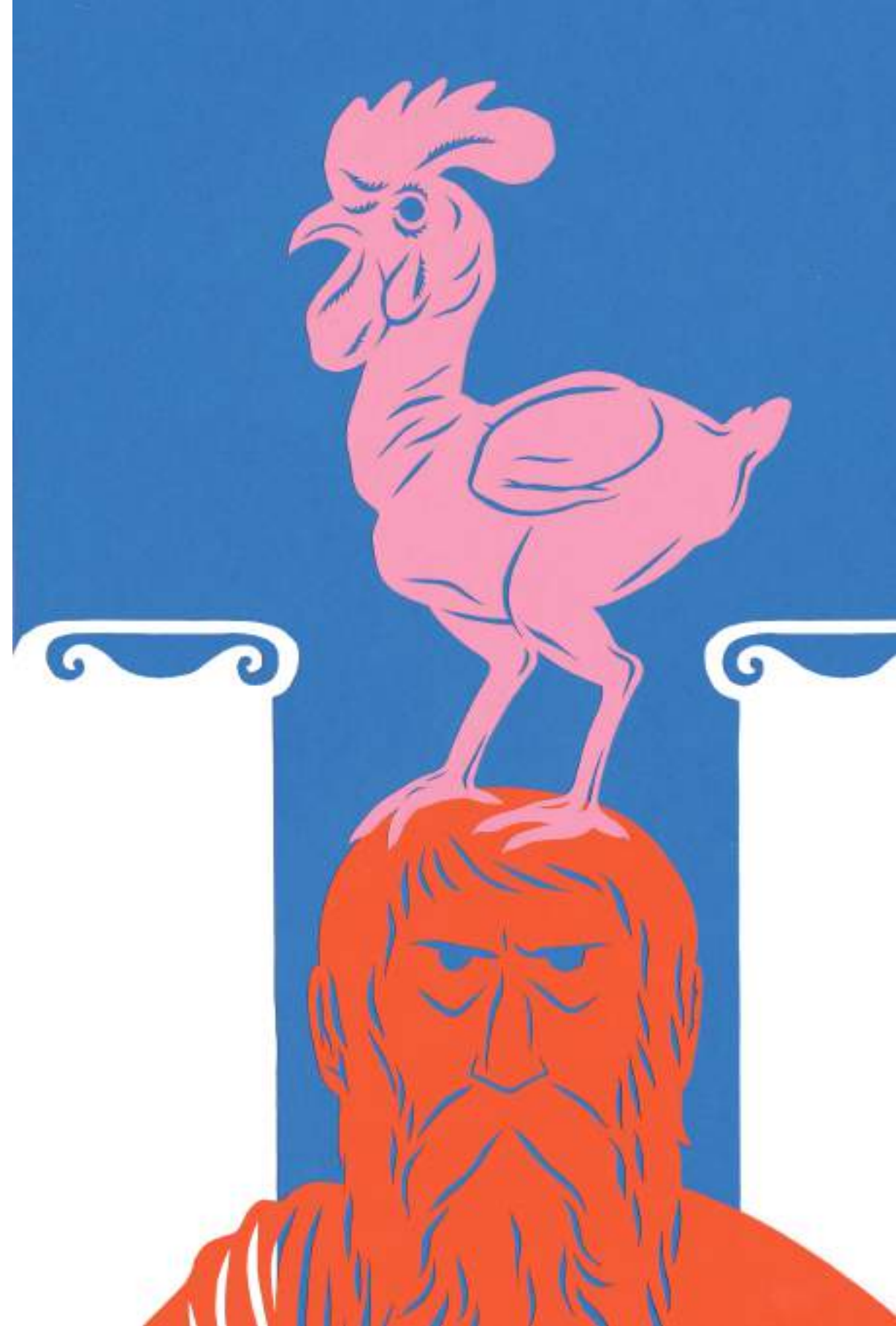
—¡Toma, gran sabio! ¡Aquí tienes a tu Hombre!

Los alumnos no pueden evitar sonreír. Platón, humillado, rojo de cólera, se pone a gritar:

—¡Me exasperas, Diógenes! ¡Déjanos en paz! ¡Y vosotros —les grita a sus alumnos—: dejad de sonreír como bobos!

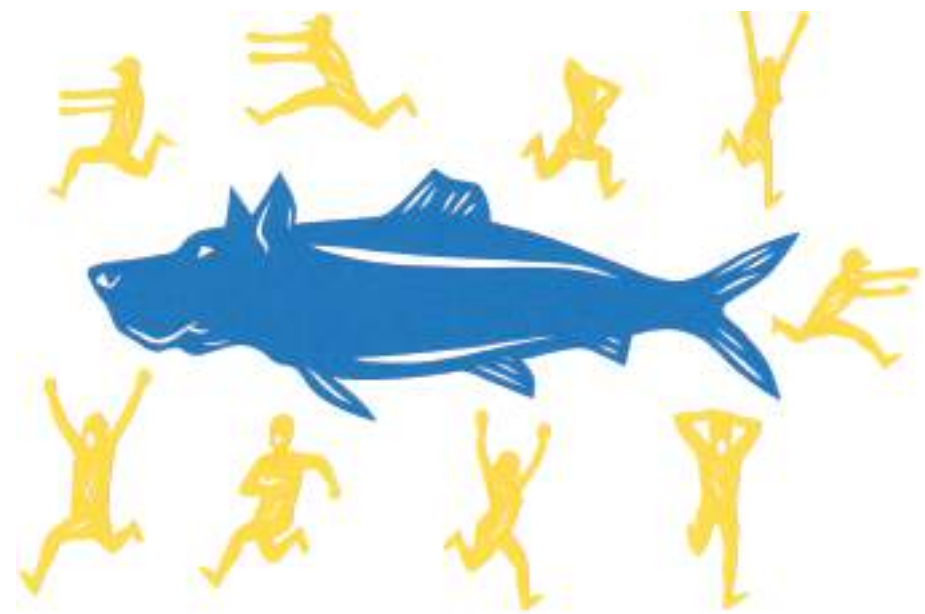
A Platón le horroriza que le lleven la contraria, sobre todo en público.

Se pone a llamar ignorante a todo el mundo. Y después anuncia que las clases han terminado por hoy.





Andróstenes está encantado de abandonar el aula. ¡Incluso le daría una moneda al mendigo para agradecerle su liberación! Aprovecha la tarde para continuar el paseo por Atenas. Una brisa marina hace temblar la cima de los árboles. Las mujeres y los hombres acuden al mercado. Hay un grupo de gente reunida un poco más allá. ¡Qué feliz coincidencia! ¡Anaxímenes está dando un discurso! Tiene fama de ser uno de los hombres más sabios de Grecia. Andróstenes no quiere perderse este acontecimiento. Pero cuando se acerca al estrado, se le adelanta Diógenes.



El mendigo ha cambiado su farol por un arenque, que agita en medio de los ciudadanos. Alarmados ante la posibilidad de que se les manche la ropa, se dispersan rápidamente. Anaxímenes, sorprendido por el movimiento de la multitud, se calla. Entonces Diógenes exclama:

—¿Ves, Anaxímenes? ¡Tienes el poder de reunir al pueblo con tus palabras! El arenque tiene el poder de dispersarlos... ¿Cuál de los dos es el más fuerte? ¿Tú o el arenque?

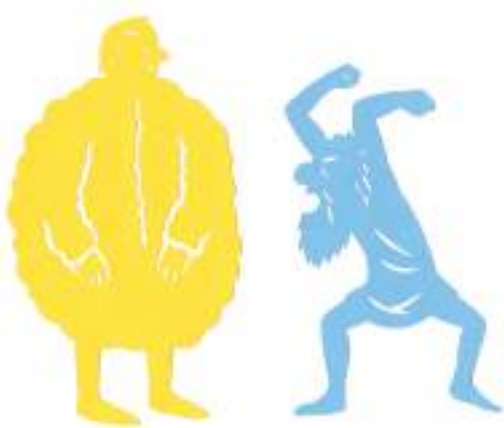
Anaxímenes se pone blanco de rabia. Un hombre calvo, escandalizado por la provocación, exclama:

—Pero ¡es muy difícil lavar la ropa que huele a pescado! A ti, por supuesto, te da igual. Tu capa está en tal estado...  
—Felicito a tus cabellos por haber abandonado una cabeza tan fea  
—replica Diógenes antes de ir a molestar a otro, un poco más allá.



Andróstenes, divertido, le pregunta al hombre calvo si Diógenes siempre es así.

—¡Siempre! No nos da tregua. No se puede hacer nada sin que venga a estropearlo. ¡Y no has visto nada, hijo mío! Una vez, en mitad de una multitud subyugada por las palabras de un orador, se apartó la capa y se agachó para vaciar sus entrañas. De ese modo demostró lo que pensaba del discurso...



En otra ocasión insultó a mi sobrino, a quien todos felicitaban por su pelliza de lana, diciendo que era más bien a la oveja a quien habría que aplaudir.



Un día llevó tan lejos sus provocaciones que unos hombres le pegaron. Para vengarse escribió sus nombres en una pancarta que se colgó al cuello. De ese modo, todos los atenienses pudieron burlarse de la cobardía de aquellos nobles ciudadanos que, entre varios, le habían dado una paliza a un pobre mendigo.



Incluso en el estadio es insoportable. En lugar de quedarse sentado tranquilamente ¡se queda de pie para abuchear a los atletas de todas las ciudades! Un día irá demasiado lejos y será condenado a muerte, ¡como Sócrates!



La luz rojiza de la puesta de sol acaricia el mármol de los templos. Los ciudadanos charlan al fresco. Andróstenes camina tranquilamente, pensando en el extraño Diógenes. De repente ve el cartel de una fonda. ¿No había venido a Atenas a divertirse un poco? Entra y pide un vino de la isla de Quíos, que tiene fama de ser el más fuerte y el más sutil. Cuando se lleva la copa a los labios entra en el establecimiento un hombre célebre: el gran Demóstenes. Sus discursos son maravillosos: Andróstenes se los sabe todos de memoria. ¡Cuando les cuente a sus compañeros de Egina que ha visto a Demóstenes, no lo creerán!

De repente, suena en la entrada un fuerte portazo. ¡Entra Diógenes! Demóstenes, que tiene miedo de ser visto en ese lugar, indigno de su noble persona, intenta esconderse al fondo de la sala. Pero Diógenes lo ve:

—¡Te escondes al fondo de la fonda!

Todos los bebedores se echan a reír. El gran personaje, rojo de vergüenza, se pone a balbucear:

—Tengo... ¡tengo derecho a pasármelo bien!

—Beber vino con lo peor de la ciudadanía, con esta escoria... ¿a eso lo llamas pasármelo bien? Al menos, espero que eso te haga feliz.

—Desde luego que sí —afirma Demóstenes, retomando su prestancia—. Este vino es excelente y soy muy feliz mientras lo bebo. Ven, compártelo conmigo.

—Este capricho me costará muy caro.  
—¿Qué quieres decir? No te costará nada, yo te invito.  
—Dime: ¿cuánto sufrimiento te cuesta este capricho?  
—¡Ninguno!





—¡Ninguno! Esa uva ha crecido en un viñedo, los racimos han sido recogidos, las uvas han sido pisadas, el licor depositado en jarras torneadas por alfareros, jarras que han sido transportadas en carretas, las cuales, a su vez, han sido construidas por un artesano. ¡Ese vino ha atravesado el mar! Ha padecido tormentas y ataques de piratas. Y todos esos hombres han sudado: artesanos, marineros y campesinos; han expuesto su piel al sol abrasador; se han hecho daño con sus herramientas y aperos; se han destrozado la espalda; algunos han muerto ahogados o han sido vendidos como esclavos... y todo eso ¿por qué? ¡Por una copa de vino! Entonces, dime, ¿a quién le hace feliz ese vino?  
—Pues, pues... a mí —farfulla Demóstenes.





—¿A ti? ¡Piensa en cuántos días de trabajo te cuesta ese pequeño capricho! Y ahora que te has bebido esa copa, seguro que tienes ganas de beber un vino más caro, ¡un vino de la isla de Lesbos! Y, una vez que hayas bebido el vino de Lesbos, ¿qué otra bebida querrás? ¿La de los inmortales? ¿Ese famoso néctar del que dicen que una sola gota permite vivir ebrio y joven para siempre? ¿Y cuántos días más tendrás que trabajar para pagarte ese néctar? ¿A cuántos príncipes tendrás que adular para acumular el dinero que te servirá para pagar esa bebida? ¿A cuántos amigos tendrás que traicionar para hacer fortuna? ¡Ves como tu paladar se ha vuelto exigente! El más pequeño de tus placeres exige un esfuerzo inmenso.



—Diógenes, ¡estás perdiendo la razón! ¡Esos caprichos de los que hablas no tienen importancia! Sólo estoy bebiendo una copa, eso es todo.

—Hace un instante me decías que ese capricho te hacía feliz, y ahora me dices que ese capricho no tiene importancia. Ya no entiendo nada. ¿Quieres decir que ser feliz no tiene importancia?

—Me cansas, Diógenes. ¡Lo que dices no tiene sentido!

—Me parece que, más que nada, ese vino empieza a saberte amargo.

Los clientes de la fonda intercambian sonrisitas. Demóstenes, vencido y avergonzado, se marcha sin siquiera tocar su copa.



Diógenes mira a todos los hombres presentes en la sala:

—Yo, cuando tengo sed, bebo agua. ¡Es mucho más placentera que todos vuestros vinos! ¿Qué es más simple, más fácil, que mojar los labios en una fuente? No hace falta trabajar, ni hacer trabajar a los demás, ni poseer una enorme fortuna, ni temblar al pensar en perderla. No hace falta codearse con los tiranos, ni con nadie. Cuando bebo agua, sé que podré beber tanta como quiera, durante toda mi vida. ¡Es absurdo querer un vino cuyas gotas están mezcladas con mares de lágrimas!

La multitud se queda muda.





Diógenes se acerca a Andróstenes:

—¡A ti te he visto en la escuela de Platón! Tienes que ser inteligente, si sigues las clases del gran maestro. Contéstame, pues, a esto: ¿prefieres beber agua de tus manos o hacer venir el vino desde la isla de Quíos, trabajar, maquinarse, comprometerse, hacer la guerra con el único objetivo de depositar una gota sobre tu lengua?

—Sin duda, tienes razón —murmura Andróstenes, bajando los ojos—. Lo más simple es beber agua con las manos.

—¡Y lo que podemos hacer tantas veces como queramos, es decir, sin tener que pedirselo a nadie, es mucho más agradable! ¿O acaso me equivoco? Los otros sabores, mezclados con sudor, peligros y mentiras son venenos en realidad.

—¡Pero nadie puede vivir con tan poco! —se atreve a contestarle el joven—. Ni siquiera los dioses rechazan algún placer.

—¡Pero yo no pretendo imitar a los dioses! Yo quiero imitar a los perros. En eso quiero convertirme: en un animal inmortal, capaz de soportar todas las privaciones y de alegrarse por una pequeñez. Mi néctar es un poco de agua cuando tengo sed. Mi ambrosía es una miga o una piel de verdura cuando tengo hambre. ¡Ése es mi placer! Y cuando veo a hombres como vosotros que se repanchingan en una fonda para atiborrarse de vino, que no piensan más que en placeres ridículos, ¡me entran ganas de ladrar y morderos!

Los hombres no se atreven a responder.

—El perro —continúa Diógenes— sólo quiere lo que necesita para vivir. Agua. Aire. El calor del sol. El azúcar de una fruta. Quiere lo que es fácilmente accesible, y nunca le falta de nada. Para él, la tierra es una mesa abundante y el mundo entero es su casa.

Con estas palabras, Diógenes abandona la fonda.

Los bebedores, aliviados al verlo marchar, se ponen a silbar.

A Andróstenes, fascinado por lo que acaba de oír, ya no le quedan ganas de vino. Se queda pensando en la vida descrita por el mendigo: simple, pura, libre de toda preocupación. Murmura para sí mismo: «¿Y si tiene razón?». Mira su túnica. ¿De qué valen los bordados? Mira sus manos. ¿Para qué los anillos? ¿Qué sentido tiene llevar las mejillas bien afeitadas, los cabellos bien peinados, beber en una copa de plata? ¿Acaso la vida es más feliz por ir bien vestido, arreglado, perfumado? ¿Somos más felices por tener una casa bonita, muebles y esclavos que sirvan la mesa?





La noche está iluminada por una luna serena. Andróstenes recorre las calles de Atenas. Todo está tranquilo, hasta que un grito le hace sobresaltarse:

—¡Hombres, a mí! ¡Hombres, a mí!

Convencido de que alguien pide ayuda, el joven acude. Y ¿qué ve? A Diógenes solo, en mitad de una plaza.

—¡Tú otra vez! —dice el *Perro* alzando su bastón—. ¡He pedido *hombres*, no engendros!

Andróstenes, molesto, se pone grosero; pero el *Perro*, partiéndose de risa, dice:

—Tú no eres un hombre, no uno verdadero al menos.

El joven, herido en su amor propio, refunfuña, preguntando:

—Y, en tu opinión, ¿qué debo hacer para merecer que me llamen «Hombre»?







Sin mediar palabra, Diógenes coge las manos del joven para quitarle todos sus anillos.

—Tira todo lo que es superfluo —dice—. Conserva tan sólo aquello que puedes sustituir inmediatamente y sin esfuerzo. Al comienzo de mi aprendizaje, tenía algunas piezas de una vajilla de madera. Pero incluso así era demasiado rico: al ver a un niño beber agua del hueco de sus dos manos, tiré mi vaso. Al día siguiente me crucé con otro niño que había puesto sus lentejas sobre un pedazo de pan. ¡Y tiré mi cuenco!

—Entonces... ¿no tienes nada? —pregunta Andróstenes.

—¡Sí, a mí mismo! Me tengo a mí. Y esta capa... no logro deshacerme de ella. Me sirve en todas las estaciones. Puedo desplegarla para arrebujarme en su interior cuando hace frío o volver a doblarla cuando hace mucho calor. Pero me gustaría tirarla también. Y un día, lo sé, viviré desnudo y soportaré cualquier clima. Me entreno todos los días para conseguirlo. En invierno camino descalzo por la nieve y abrazo las estatuas heladas para acostumbrarme al hielo. En verano, doy vueltas desnudo sobre la arena ardiendo, para aprender a aguantar la canícula. Eso es todo. No tengo nada más que enseñarte.



—Y ¿para qué te sirve el bastón?

—No es un bastón, es mi cetro, porque soy rey.

—¡Vamos, hombre, un rey! —exclama Andróstenes—, más bien pareces un mendigo.

—Por supuesto. Soy un mendigo. Odio todo lo que los hombres consideran importante: la gloria, la riqueza, el amor. Pero nadie puede quitarme nada, ni darme nada, lo tengo todo. Mi único amo es la naturaleza; ella me ordena comer, beber y dormir; no obedezco a nada más, soy mi propio jefe. Los atenienses tienen una palabra muy bonita para designar ese estado de suficiencia: autarquía. ¿Y quién es más libre que un rey?

Andróstenes mira sus anillos, esparcidos por el suelo. Se pregunta si recuperarlos, volver a la fonda y seguir las clases de Platón. Pero hay otra cuestión que le reconcome:

—Pero tienes casa, ¿no?

—Es verdad, tienes razón —responde Diógenes sacando pecho—, vivo en un palacio. ¿Quieres verlo?

Andróstenes, que tiene curiosidad por ver el antro del Perro, acepta la invitación. Los dos hombres atraviesan el Ágora dormida y se dirigen por el oeste hasta el Metroón, un lugar en lo alto de Atenas en el que están todos los archivos de la ciudad.

—¡Estamos! —exclama Diógenes triunfante.

—¿Cómo? —se sorprende Andróstenes—, ¿vives en el Metroón?

—¿Para qué querría yo un suelo de mármol, columnas, cojines y mullidos bancos? No, no, mi alojamiento está ahí —dice Diógenes señalando una gran ánfora.

—¡Vives ahí dentro! —exclama el joven.

—Ya ves lo cómodamente que vivo —responde Diógenes metiéndose en el recipiente. Si te conviertes en un Perro, tendrás un hogar tan bonito como el mío.

Andróstenes, con los brazos colgando, no dice nada más. Diógenes se pone a gritar:

—¡Dudas si convertirte en un Perro! Ya veo que prefieres las comodidades. Vete, vuelve a ver a Platón, ese vanidoso que pretende enseñar la sabiduría pero que se regodea en el lujo, que conspira con los tiranos para transformarse a su vez en tirano. Únete a él, vuélvete lo que él es, ya me contarás si eres feliz.

El joven se da la vuelta y desaparece.



Ya en su albergue, se da cuenta de que ha dejado sus anillos en el polvo. «¿Soy más infeliz con las manos desnudas?», murmura. Al día siguiente, abandona los bancos de la Academia. Tiene muchas preguntas en la cabeza: ¿tiene que buscar la riqueza, el honor, la gloria, como le ha dicho su padre a menudo? Es más, su familia es rica, poderosa, pero ¿son felices? ¿Acaso ha visto a su padre y a su madre reírse juntos? No. Sus frentes están siempre marcadas por la preocupación. Nunca se sabe qué nube ha oscurecido sus pensamientos. ¿Ha llegado el momento de dar el gran salto?

Cuando se cruza con un mendigo, se quita la túnica y se la cambia al pobre por la suya. Durante el día, regala su bolsa. Como ya no puede pagar el albergue, se ve obligado a dormir fuera. Se arrepiente un poco. Y luego empieza a notar el hambre.





Erra por las calles, se aburre, se muere de hambre; empieza a soñar con una cómoda cama y un buen fuego. Pero, al mismo tiempo, se dice a sí mismo que puede hacer lo que quiera, ir adonde le dé la gana, sin rendir cuentas a nadie. Los atenienses miran al joven con cierta admiración, porque hay que tener mucho valor para vivir como un perro. Andróstenes, pegado a una columna, empieza a gemir. Cree que va a desmayarse cuando llega Diógenes. Su rostro ya no es severo.

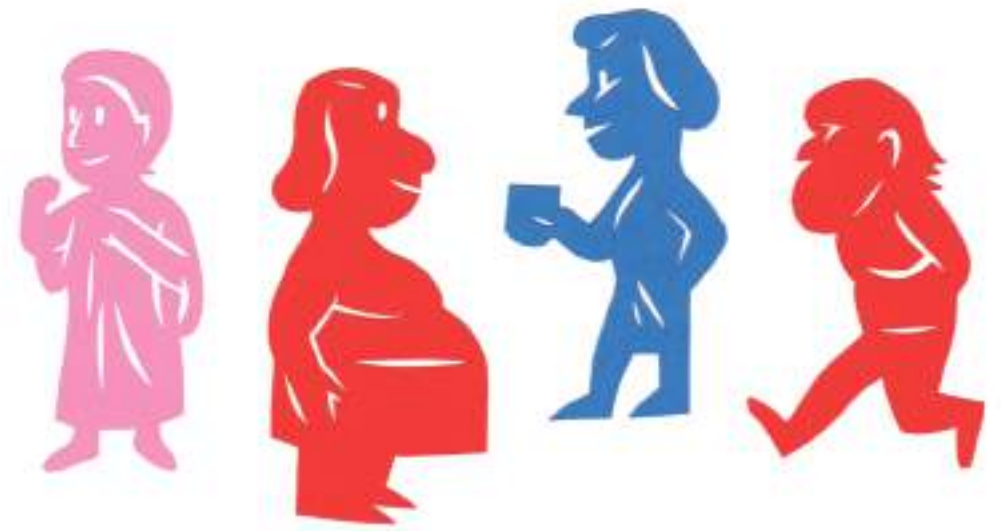
—Acabas de pasar del gineceo al mundo de los hombres —dice.

Luego, para subirle un poco la moral, le cuenta cómo le ha salvado la vida un ratón.

Fue una noche, hace mucho tiempo, estaba cenando una miserable torta. Suspiraba viendo que en Atenas estaban celebrando una gran fiesta. ¡Qué cara de felicidad tenían todos! Comían, bebían, recitaban poemas, asistían al espectáculo. Ya estaba a punto de participar en el convite cuando vio un ratón que se le acercaba: estaba dándose un festín con una miga que había encontrado en el suelo. Entonces se echó en cara: «¡Vamos, Diógenes! Mira ese ratón: es feliz con una miga y tú, quejándote. ¡Si él se da por satisfecho con tan poco, tú también puedes hacerlo!». El animal le recordó que para ser libre lo principal es evitar convertirse en un esclavo del propio vientre. Porque para celebrar fiestas y ofrecer buenas comidas hay que trabajar, levantarse cuando lo decide el jefe, pasarse todo el día recibiendo órdenes y acostarse cuando te autoriza el jefe. ¡Incluso el jefe debe obedecer a otros jefes para hacer fortuna!

De todos modos, Andróstenes le pregunta a Diógenes si un régimen digno de un ratón no puede llegar a perjudicar la salud.

—Yo creo —dijo el Perro— que el lujo, la grasa, la molicie, la inquietud, la servidumbre... son enfermedades mucho más graves que mi delgadez y mis varices. Creo que la gran enfermedad es hacer lo que haga falta para enriquecerse.

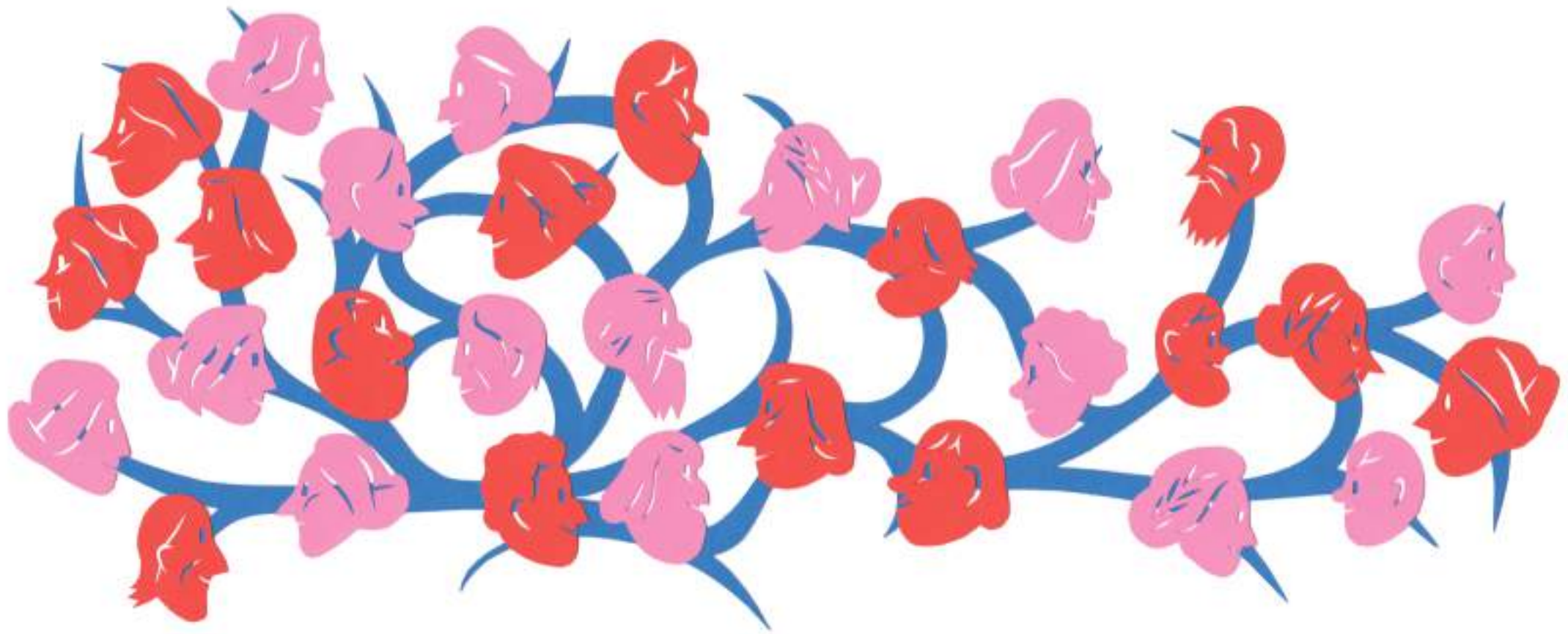


Sin embargo, algo inquieta a Andróstenes: la soledad. Pregunta si el Perro todavía tiene amigos.

Diógenes exclama:

—¡Pero si el Perro es amigo de todo el mundo! No tiene rey y, por tanto, no tiene tierra. ¡Todos los pueblos le agradan! No tiene enemigos. Le gustan tanto los persas como los lacedemonios o los tebanos. Puede ir adonde le plazca, sin importarle las fronteras. Tiene siempre los brazos abiertos. Su casa es tan grande que puede acoger a todo el mundo. Los perros son así: se consideran ciudadanos del mundo y no sólo de Atenas, de Esparta o de cualquier otra ciudad. ¿Acaso puede haber amigos más formidables? Yo no deseo nada, no lucho nunca por conseguir riquezas, tierras, títulos. Vivo, me cruzo con la gente, charlo con ellos sin preocuparme de lo que piensan los demás. Cuando me dirijo a alguien no es para conseguir favores, dinero, para vender algo o para quedar bien: hablo de lo que me gusta hablar, eso es todo. Si la conversación ya no me gusta, me callo y me voy. Y creo que a la gente le gusta mi franqueza y mi sencillez.





Pero a Andróstenes le preocupa una cosa más. Siempre le han gustado las mujeres y se pregunta qué hay que hacer para no caer en los tormentos de la vida amorosa.

—Sientes el deseo del amor: ¡eso es formidable, hijo mío! Deja sólo que te diga que la pareja es un invento complejo que siempre hace sufrir a los amantes. ¡Cuántos esfuerzos son necesarios para seducir, para entenderse! ¡Cuántas negociaciones para conseguir vivir en pareja! Si la naturaleza hubiese querido que nos fundiésemos en una pareja, nos habría soldado por la cintura. Esto es, por tanto, lo que te aconsejo: haz como los peces, que se frotan contra las piedras cuando necesitan a las hembras...

—Pero entonces —se lamenta Andróstenes— el Perro no puede tener hijos...

—¡Te equivocas! —exclama Diógenes—: ¡tendrás miles! El Perro da la mejor educación posible a cada niño, ya sea hembra o varón, y no sólo a sus hijos. Yo creo que los antiguos lacedemonios tenían razón: ponían a todos sus retoños juntos y nunca revelaban a los padres quién era su hijo o hija. Así cada uno se convertía en el padre o madre de todos los niños, y los niños se convertían en los hijos e hijas de todos. ¡Imagínate una ciudad en la que todo el mundo fuera tu padre, tu madre o tus hijos! ¡Qué grande y bonita familia! El Perro no se conforma con tener uno, dos o tres hijos: ¡quiere miles, millones! A ti mismo, te lo digo, te quiero como a un hijo; y cada hombre de mi edad es mi hermano; cada viejo, mi padre; y cada vieja, mi madre. Si sólo dependiese de mí, celebraríamos un gran matrimonio entre todos los hombres y todas las mujeres, y haría que los hijos fuesen comunes.





Convencido por todas estas recomendaciones, Andróstenes está decidido: vivirá como un Perro. Tras haberse entrenado para soportar el frío, el calor y el hambre, se siente más libre. Cada cosa, por pequeña que sea, empieza a procurarle un inmenso placer. ¿Qué puede ser mejor que una gota de agua cuando se tiene mucha sed? ¿Qué hay tan sutil como una fruta en un estómago que, durante largo tiempo, se ha visto privado de alimento?

Pasan algunos meses. El joven olvida que tiene un pasado, en otro lugar, en Egina. Pero un día, mientras vagabundea por la plaza del mercado, se encuentra cara a cara con su hermano mayor, Filisco, que se echa en sus brazos:

—¡Hermano! ¡Estás vivo! Estaba loco de inquietud... ya no sabemos nada de ti. ¡Te he buscado por todas partes! Pero... ¡mira qué aspecto tan terrible tienes!

En efecto, había cambiado sus bonitas ropas por una capa de mendigo. Llevaba los pies descalzos y negros de la suciedad. Su cabello, en otros tiempos rizado y perfumado, se había vuelto una pelambreira desagradable que sólo podría gustarle a un piojo. La espada, fabricada por el mejor herrero de Egina, había sido remplazada por un bastón tallado bastamente en una rama.

—¿Qué te ocurre? ¡Por Zeus! ¡Te has convertido en un mendigo!  
—exclama Filisco.

—Te equivocas —responde Andróstenes, riéndose.

—Entonces... ¿te han vendido como esclavo?

—Muy al contrario —dice Andróstenes en un tono muy tranquilo—, me he convertido en el hombre más libre de Atenas.

Filisco da un paso atrás. Cree que su hermano se ha vuelto loco.

Andróstenes se niega a volver a Egina. Cuenta cómo se ha convertido en un Perro. Su hermano mayor le escucha atentamente.

—¿Quieres que te presente a quien me ha liberado? —pregunta Andróstenes.

Filisco acepta. Se dirigen hacia una gran ánfora: Diógenes está durmiendo dentro, acurrucado como un perro en su caseta. Ahí está el gran filósofo: enjuto, sucio y enroscado sobre sí mismo. Y sin embargo...

—Qué tranquilo parece —murmura Filisco—. Me gustaría despertarlo para charlar con él.

Pero Andróstenes le previene:

—¡No lo despiertes o recibirás un golpe de bastón! Así es como lo recibió su maestro. Yo mismo también lo he padecido cuando le molestaba por alguna pequeñez. No va a hacer una excepción contigo. Si quieres conservar intacto tu cráneo y ser sabio, observa cómo vive; es como un espectáculo viviente. Imítale. Su filosofía es de lo más simple: basta con convertirte en ti mismo. Quédate por lo menos hasta esta noche y te lo presentaré. Y podréis charlar.

Pocos días después, el hermano mayor tira su túnica, regala su bolsa, y se quita sus sandalias.

Él también se convierte en Perro.





Platón ha muerto. Por la noche se da una gran fiesta en honor del difunto. Diógenes, que disfrutaba mucho peleándose con él, está un poco triste. Se mantiene apartado. Sin embargo, Andróstenes y Filisco aprovechan la ocasión para reprochar a los atenienses que se entreguen al exceso. De repente, escuchan:

—¡Por Zeus: mis hijos, mis hijos! ¡Por fin os encuentro!

Los dos hermanos reconocen a su padre. Onesícrito de Egina está allí. El viejo está a punto de estallar de alegría; a pesar de su edad, brinca como un cervatillo.

—Pero ¿qué os ha pasado? —dice mirando la terrible ropa de sus dos hijos.

—He escuchado tus consejos —responde Andróstenes—. He buscado la sabiduría. Fui a la Academia de Platón para escuchar sus clases. He visto incluso a Demóstenes. Pero he decidido seguir las enseñanzas de un Perro.

—¡Por Zeus! ¿Un perro se ha convertido en tu maestro? —se sorprende el padre.

—No cualquier perro. Ése del que te hablo tiene cuerpo de hombre.

—¡Cuerpo de hombre! Pero ¿qué mujer ha podido engendrar un monstruo así?

—Esa mujer se llama Filosofía. En cuanto al monstruo, se llama Diógenes.

—¡Diógenes! —exclama el padre—. Todo el mundo me habla de él desde que llegué. ¡Todos dicen que está loco!

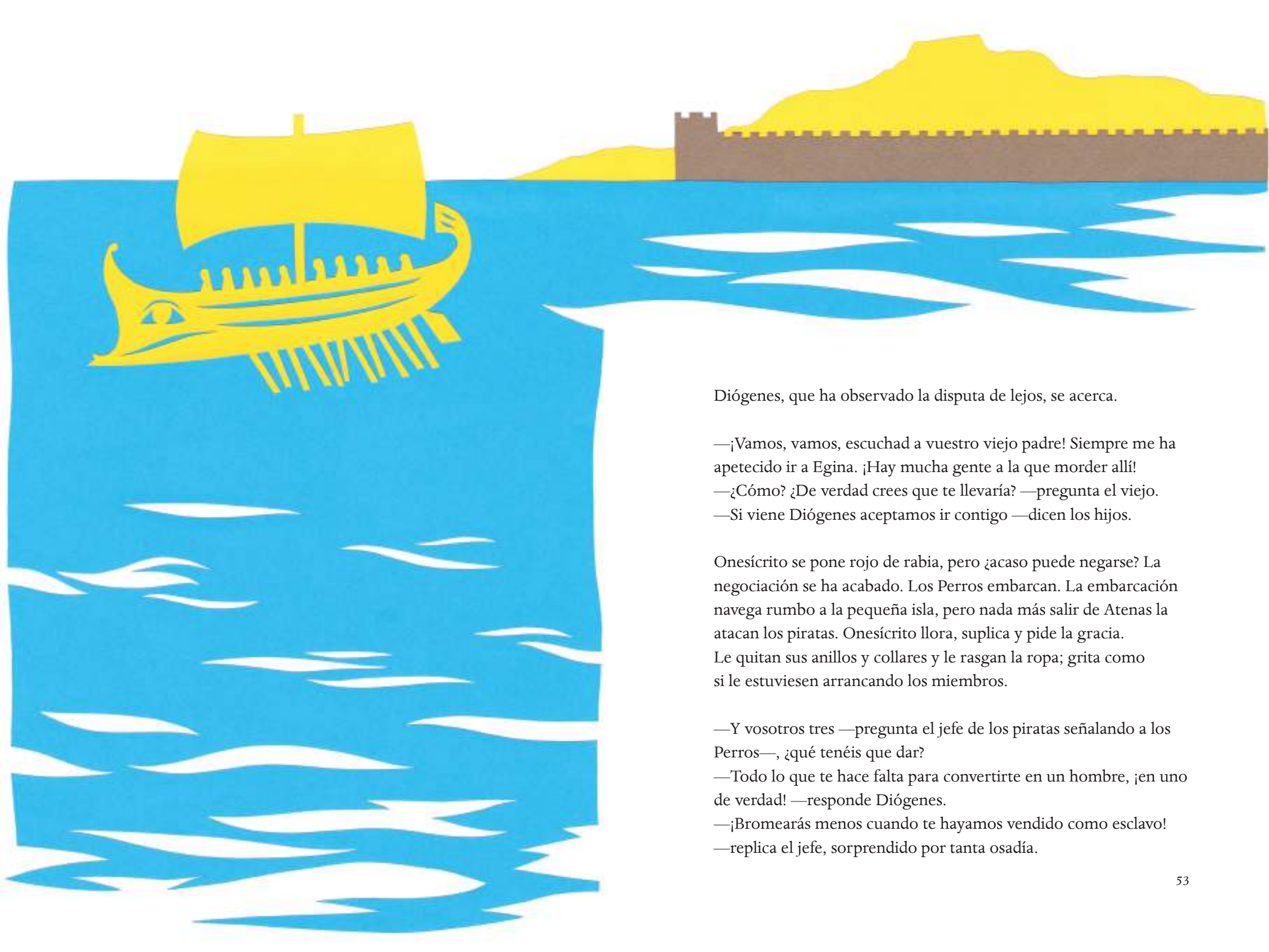
Los dos jóvenes Perros se miran y empiezan a reír: ¡les encanta escandalizar a su padre!

—Ahora vais a volver a Egina conmigo: ¡se acabaron las tonterías! Me he arruinado para que vosotros tuvieseis la mejor educación y mirad el resultado: ¡mendigos! ¡En eso os habéis convertido!

El viejo coge a sus hijos por las muñecas, como si fuesen niños pequeños a los que se arrastra de vuelta a casa. Andróstenes le atiza un bastonazo.

—¡Asesinato! —grita Onesícrito—. ¡Mis hijos me matan!





Diógenes, que ha observado la disputa de lejos, se acerca.

—¡Vamos, vamos, escuchad a vuestro viejo padre! Siempre me ha apetecido ir a Egina. ¡Hay mucha gente a la que morder allí!  
—¿Cómo? ¿De verdad crees que te llevaría? —pregunta el viejo.  
—Si viene Diógenes aceptamos ir contigo —dicen los hijos.

Onesícrito se pone rojo de rabia, pero ¿acaso puede negarse? La negociación se ha acabado. Los Perros embarcan. La embarcación navega rumbo a la pequeña isla, pero nada más salir de Atenas la atacan los piratas. Onesícrito llora, suplica y pide la gracia. Le quitan sus anillos y collares y le rasgan la ropa; grita como si le estuviesen arrancando los miembros.

—Y vosotros tres —pregunta el jefe de los piratas señalando a los Perros—, ¿qué tenéis que dar?  
—Todo lo que te hace falta para convertirte en un hombre, ¡en uno de verdad! —responde Diógenes.  
—¡Bromearás menos cuando te hayamos vendido como esclavo!  
—replica el jefe, sorprendido por tanta osadía.

En dirección a Creta, donde está el mayor mercado de esclavos, Onesícrito está destrozado. ¡Adiós a las riquezas, la comida, el vino y las alfombras mullidas! Mientras él se lamenta, los Perros charlan tranquilamente, como si nada.

—¿Pero no tenéis miedo? —lloriquea el viejo.

—¿Miedo de qué? —pregunta Diógenes.

—Pero, hombre, está claro: ¡de que nos vendan como esclavos!

—¡Ah, de eso! —ríe sarcásticamente Diógenes—, no me preocupo por ello, no soy el sirviente de nadie, ni siquiera de los dioses.

Y, sobre todo, compadezco a quien se pagase un Perro de nuestro temple.

Por lo demás, los piratas están desbordados. En cuanto aparece uno de ellos, los Perros no pueden evitar burlarse de él. Y si se les amenaza, responden que les da igual morir. Entonces, para castigarles, los piratas deciden disminuir su ración, pero soportan todas las privaciones con una sonrisa. Incluso comparten su comida con otros prisioneros. La tripulación no comprende cómo consiguen sobrevivir con tan poco. Cuando la nave desembarca en Creta, los Perros se desquitan con creces: en cuanto ponen el pie en el muelle, empiezan a burlarse de todos los clientes. Diógenes exclama a voz en grito: «¿Quién quiere comprar un Perro?». Andróstenes le dice a un hombre muy coqueto: «¡Eh! Si quieres un hombre en casa, ¡aquí estoy!». Filisco llama la atención de un viandante: «Por el precio de un esclavo, ¡cómprate un amo!».

Onesícrito no puede evitar admirar la libertad de sus hijos. Tiene que admitir que ninguna escuela habría podido darles tanto aplomo.





Los piratas venden a todos sus esclavos, salvo a los tres Perros y a Onesícrito, que es demasiado viejo. Ya no saben qué hacer con ellos, cuando Diógenes interpela a un rico ciudadano de Corinto:

—¡Eh! ¡El aristócrata! ¡Cómprame: yo dirigiré tu casa!

Seducido por su insolencia, Xeníades —pues así se llama el hombre— decide comprar a la pandilla. Los piratas le hacen un buen precio porque tienen ganas de desembarazarse de esa jauría de perros rabiosos.

Onesícrito, conquistado por la libertad que ofrece la vida del Perro, hace mil preguntas a sus hijos y a Diógenes. Durante todo el viaje que les lleva hasta Corinto, reflexiona sobre su vida, piensa en los años que ha perdido, en su amor al poder y al dinero. Se encuentra ridículo. Una vez llegado a buen puerto, tira sus sandalias al mar. Sus hijos le cogen por el cuello para abrazarle.



Pasan diez años. Onesícrito camina pobre, pero libre, en compañía de sus hijos. Pero ya no dice: «Mis hijos». Y los hijos ya no dicen: «Mi padre».

En cuanto a Diógenes, se hace amigo y consejero de Xeníades. El rico hogar se transforma en un lugar sencillo. Ya no hay mullidas alfombras, ni vestidos generosamente bordados. Los niños aprenden a beber agua en lugar de vino, a comer lechuga en lugar de buey, a reír en lugar de a conspirar y traicionar.

La historia de la casa de Xeníades recorre Grecia. Llega incluso a oídos de un tal Alejandro, entonces rey de Macedonia y de toda Grecia.







Diógenes, tumbado en el suelo, toma el sol cuando una voz le interpela:

—Soy Alejandro. Pregunta qué puede hacer un rey por ti, mendigo.  
—¡Me estás dando sombra! —replica el Perro, barriendo el aire con la mano como si persiguiese una mosca.

Y Alejandro da un paso atrás. Quienes asisten a la escena no se lo pueden creer. Diógenes ha conseguido con una sola frase lo que ningún pueblo griego había conseguido con sus ejércitos: hacer retroceder a Alejandro. El rey, de naturaleza colérica, replica:

—¿Cómo te atreves? ¿No tienes miedo de mí?  
—¿Eres un mal rey? —pregunta Diógenes.  
—¡Por supuesto que no! —dice Alejandro, indignado.

—Entonces eres un buen rey. Y ¿un buen rey es un bien?  
—Por supuesto.  
—¿Y por qué iba a tener miedo de un «bien»?

Alejandro está desconcertado, pero aprecia el aplomo del Perro. Le promete hacerle llegar una escudilla llena de huesos para recompensarle.

—Es un regalo digno de ti... —suspira Diógenes.

El rey mira a su alrededor. Los corintios no pueden evitar reírse para sus adentros. El joven Alejandro reconoce que le han vencido; deja de sacar pecho y se inclina:

—He matado a hombres por menos que eso; pero, ¡por Atenas, tienes ingenio, amigo mío! Si no fuese Alejandro, me gustaría ser como tú.



Mientras que Alejandro parte para conquistar Asia en busca de gloria y riquezas, Diógenes se queda a vivir en Corinto en casa de su amigo Xeniades. Pero lejos de vivir una jubilación tranquila, lleva su entrenamiento hasta el límite: decide no utilizar ni siquiera el fuego para convertirse en un auténtico perro, capaz de devorar los alimentos crudos. Al principio, le basta con comerse las verduras a mordiscos, luego con masticar cereales; pero, queriendo endurecerse más aún, empieza a comer carne cruda y anima a los otros Perros a imitarle. Todos enferman. Diógenes se empeña: una mañana, cuando observa lo que los pescadores han traído del mar, ve un pulpo retorciéndose en el fondo de una cesta. Lo coge y le da un mordisco...

Diógenes tiene unos cólicos terribles y muere. Así es como un pulpo mata a este hombre, fuerte como Heracles, Perro entre los perros, a los ochenta y seis años.

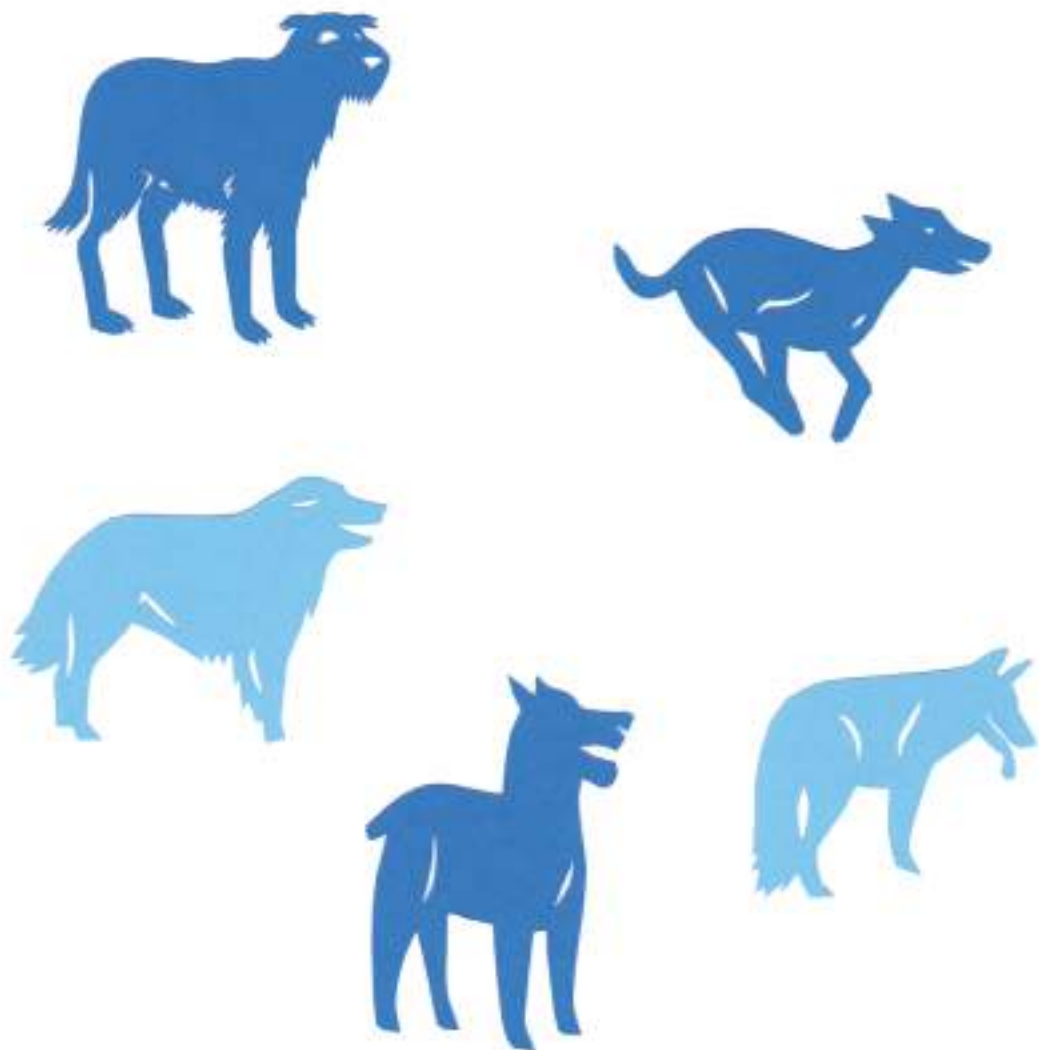
Los compañeros de Diógenes se preguntan qué hacer con su cuerpo. En opinión de Andróstenes, habría que dejarlo en la calle para que los perros se dieran un festín. Según Filisco, habría que cocinarlo y compartirlo entre amigos; en efecto, Diógenes decía que la carne humana es tan buena como cualquier otra... Sería una lástima desaprovecharla. Pero es Xeniades quien tiene la última palabra. Antes de morir, el Perro ha suspirado su última voluntad. Ha pedido ser enterrado... cabeza abajo.

—¡Vaya idea! —exclama Onesícrito— ¿Y por qué cabeza abajo?  
—Porque, según él, todo lo que está abajo estará algún día arriba.



Nadie sabe si Xeníades se atrevió a poner la nariz de Diógenes contra el fondo de la fosa, pero, en honor de ese hombre convertido en animal, en honor de ese animal convertido en dios, en honor de ese hombre convertido en hombre, los ciudadanos construyeron una inmensa tumba cuya cima preside magníficamente... un perro de mármol.

Al acecho. Por supuesto.





*El filósofo-perro frente al sabio Platón se terminó de imprimir en los talleres de Kadmos en marzo de 2012.*

